

EN LA PAZ LA BIBLIA

Humberto Jiménez

Shalom

¡Casa de Jacob! Ven y caminemos a la luz del señor. Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos, que de sus espadas harán rejas de arados y de sus lanzas podaderas. No alzarán la espada gente contra gente ni se ejercitarán para la guerra (Is. 2,4).

No escogimos el tema; éste se nos impuso con la fuerza de los acontecimientos. En efecto, no hay palabra que más hayamos pronunciado los colombianos, que la paz. No es simplemente una palabra de moda; no es un slogan que pretende atraer y convencer muchedumbres. Es una realidad que hemos perdido, de la que tenemos nostalgia y que queremos recuperar.

Pocas palabras existen en las que se haya abusado tanto y hayan sido tan tergiversadas como paz, y es también la palabra que más resonancia despierta en nuestro interior. Hoy día todos hablan de paz. El Papa Juan Pablo II en sus discursos y alocuciones se refiere a ella con frecuencia; Juan XXIII le consagró una encíclica: *Pacem in terris*. El presidente la menciona constantemente; más aún, es una de las metas, todavía no alcanzadas de su gobierno. Las grandes naciones hablan de ella, mientras se preparan para la guerra. Aun los grupos de revolucionarios, guerrilleros, rebeldes dicen que buscan la paz con su lucha. Y el ciudadano común y corriente la desea con todo corazón. Es un término que por su uso se ha gastado y desgastado. A fuerza de tanto hablar de paz, se ha devaluado su contenido.

Para nosotros paz significa, no sólo que se silencien las armas y que vuelvan los hombres a sus tareas cotidianas. Significa tranquilidad, progreso, abundancia, bienestar. Significa deponer los odios y abrazarnos como hermanos. Trabajar hombro a hombro con los demás para construir un porvenir sin sombras ni amenazas. A los que trabajan por la paz se les puede aplicar la bienaventuranza del Maestro: *Dichosos los que trabajan por la paz, porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos* (Mt. 5,9).

La paz es una idea cristiana, bíblica. Incluso cuando parece que la cristiandad no influye como antes en el mundo, ciertas ideas y estructuras mentales de origen cristiano continúan extendiéndose por todos los países y religiones. El vocabulario sigue siendo el mismo, pero su significado ha cambiado casi totalmente. Esta discrepancia entre el sentido bíblico y su uso y abuso, sobre todo en las confrontaciones políticas, ha hecho de la paz un término cambiante, ambiguo, problemático. Cuanto más modernos y refinados son los métodos de la lucha por la existencia, tanto más difíciles se hacen las conferencias de paz y tanto más sospechosos resultan los mensajes de paz. Es necesario, entonces, redescubrir el contenido salvífico y las esperanzas de salvación que comporta el concepto bíblico de paz, para poder robustecer la credibilidad de los discursos sobre la paz y otorgarles una renovada esperanza.

La Biblia como libro inspirado tiene mucho que decirnos sobre la paz. Para ella la paz, es una síntesis de todos los

bienes que puede alcanzar un hombre. En muchos casos la paz equivale a salvación. Vamos entonces a estudiar y a profundizar lo que nos dice la Biblia, palabra de Dios, sobre la paz. Una vez más podremos comprobar cómo la Biblia no es un libro simplemente de lectura, hermoso por muchos conceptos, sino una palabra divina que aún tiene algo que decirnos; que puede iluminar nuestra vida; darnos una luz en el camino; mostrarnos un sendero y señalarmos dónde y cómo se encuentra la paz verdadera, no una paz sospechosa; no la paz que es sólo una tregua entre dos guerras inevitables; no la que esconde intenciones torcidas y traidoras; sino la paz que es fruto de la justicia, la paz que el Señor anunció en el Antiguo Testamento y que Jesucristo predicó y dio a sus discípulos.

I. PAZ, SHALOM, EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Hay una palabra hebrea, *Shalom*¹, que inclusive muchos usan en el lenguaje español y en otros idiomas modernos, que ordinariamente se traduce como paz. Los movimientos pacifistas la usan a porfía; grupos de personas que quieren la paz no vacilan en tomarla como denominación de su idea; algunas casa de retiros se llaman con esta palabra. Pero cuando se quiere penetrar más profundamente en su significado original y fundamental se encuentra uno con una sorpresa: *Shalom* en hebreo no indica sólo paz, sino que aparece en otros contextos con un significado más amplio.

¹La palabra *Shalom* aparece en la Biblia Hebrea 237 veces

1. Paz en la vida cotidiana

Difícilmente se encuentra en el Antiguo Testamento una palabra que como *shalom* tenga tanto uso en la vida cotidiana pero, que a pesar de todo, no se ha desgastado y ha conservado un sentido religioso concentrado que la eleva por encima del uso vulgar y profano. La palabra *shalom* tiene una amplia gama de significados, de tal modo que al encontrarla en un texto, como que brilla con visos tornasolados. Así de una manera casi poética podemos hablar de *shalom*.

Veremos los diversos usos de esta palabra, de un significado tan denso y tan profundo, pero a la vez tan enriquecedor. Sería un empobrecimiento del vocabulario traducirlo siempre por paz. Es verdad que ésta es la traducción habitual, pero no alcanza a agotar la amplia gama de sus usos y empleos.

1.1 Paz como saludo.

Un primer grupo de textos que cubre prácticamente todo el Antiguo Testamento nos presenta la palabra *shalom* como expresión de saludo. Cuando dos personas se encuentran se saludan deseándose la paz, y cuando se despiden encontramos la misma palabra: *vaya en paz*. (1 Sam. 25,6; 2 Sam. 18,28; 1 Sam. 29,7) *Shalom* es la palabra que resuena; pero en este caso su traducción por paz no es siempre la más acertada. ¿Qué significa entonces aquí *shalom*? Saludarse en hebreo es preguntarse por la buena o mala situación y cuando se trata de una despedida es desearle un buen viaje.

Para los antiguos las fórmulas de saludo tienen una referencia religiosa que

a nosotros nos pasa inadvertida. Con el saludo se pretendía eliminar el peligro que supone todo encuentro con un extraño. Por eso se desea que nada suceda al visitante o visitado. Esto nos recuerda el gesto de dar la mano cuando saludamos, para indicar que en la derecha no tenemos ningún arma con que amenazar a nuestro prójimo. Al despedirse se desea que la divinidad le dé un buen camino al que parte. Y algunos usos nuestros corresponden también a esa mentalidad: ¡que Dios te bendiga! decimos muchas veces al despedirnos de alguien.

1.2 Paz como prosperidad.

Muy próximo a este significado de buena situación, de prosperidad, está el de seguridad, tranquilidad, inviolabilidad. La vemos en la expresión: morir en paz, que indica que alguien ha ido a reunirse con sus padres o que ha bajado a la tumba.

Nosotros decimos copiando literalmente la expresión: descansar en paz. Sin embargo el sentido que le damos no corresponde al que le daban los hebreos; morir en paz significa: morir lleno de días, morir en buena ancianidad, morir tranquilo, en su tierra. Era lo contrario de morir en tierra extraña o al filo de la espada.

1.3 Paz como orden.

En los textos siguientes: *Hijo no olvide mis instrucciones, conserva en la memoria mis preceptos, porque alargarán los días y años de tu vida y prosperidad (shalom)*. Pr. 3, 1-2. *El hombre cabal tiene un porvenir (shalom)* Sal. 37,37s; encontramos la palabra *shalom* traducida de diversos modos: prosperidad, buen éxito, larga vida, porvenir.

Con esto se quiere expresar que la sabiduría ayuda a mantener el mundo en orden. Cuando este orden es entendido como una totalidad salvadora, se sigue que quien vive de acuerdo con ese orden adquiere casi automáticamente el *shalom*, es decir, el buen éxito. Cuando este orden es violado por un hecho malo, esa violación no puede permanecer indefinidamente. El orden primitivo, el *shalom*, debe ser restaurado. *Apártate del mal. Obra el bien, busca la paz y corre tras ella* Sal 34,15.

1.4 Paz en las bendiciones.

En íntima relación con las fórmulas de saludo está el uso de *shalom* en las bendiciones propiamente dichas. Es conocida la bendición de Aarón: Di a Aarón y a sus hijos: Así bendecirás a los israelitas:

*El Señor te bendiga y te guarde.
El Señor te muestre su rostro radiante
y tenga piedad de ti,
el Señor te muestre su rostro
y te conceda la paz. Nu 6,24-26.*

Traducir aquí *shalom* por paz no sería ciertamente incorrecto, pero para nosotros no queda expresada toda la amplitud de este término: bienestar, prosperidad serían también adecuados.

Pueden verse también: Sal. 125 y 128. Estos dos salmos pertenecen a la familia de los salmos de peregrinación. Al final de ella, mediante una invocación se desea el estado de *shalom*, de prosperidad, sobre Israel.

1.5 *Shalom* como opuesto a guerra.

Los códigos legales antiguos terminaban regularmente con fórmulas de bendición y maldición. La lógica que preside este

uso es clara. Las leyes describen a su manera el mismo orden al que aspira la sabiduría. El que vive según estas recomendaciones, vive según el orden, entonces le irá bien y obtendrá el *shalom*, es decir, prosperidad, larga vida, salud, etc. El que no regula su vida de acuerdo con las leyes, obra contra el orden y el mal que él comete se volverá contra él. Si tenemos esto presente comprenderemos mejor el capítulo 26 del Levítico puesto como conclusión de la ley de santidad. En el versículo 6 de este capítulo se habla de paz. *Pondré paz en el país y dormiréis sin alarmas.* Aquí encontramos ya el sentido de paz en cuanto opuesto a guerra. Pero este *shalom*, está enmarcado en un estado más amplio de paz, que abarca la naturaleza y los animales. Elementos de la concepción antiguo oriental aparecen aquí, representados en la prosperidad de la tierra, en la abundancia de las cosechas, la seguridad de la habitación, la defensa contra los enemigos y la protección contra las fieras.

En los pasajes que leemos, en algunos libros históricos, es donde aparece *Shalom*-paz como opuesto a guerra *Hubo paz entre Israel y los amorreos* (1 Sam. 7,14). *Había paz en todas sus fronteras* (1 Re. 5,4).

2. La Paz y los Profetas.

En Israel hubo un grupo de personas que influyó profundamente en el destino del pueblo judío y que todavía sigue influyendo en nuestro mundo. La historia de la humanidad habría seguido un rumbo distinto si no hubiesen existido esas personas que con su palabra trazaron senderos y orientaron el camino de judíos y cristianos. Son los profetas. Hoy los vamos a interrogar. ¿Qué tiene que decirnos sobre este tema crucial en estos momentos?

Al estudiar los profetas hay un fenómeno que llama la atención. En sus escritos el uso de *shalom*, en sentido positivo, no es muy frecuente. A los profetas anteriores al destierro les tocó vivir en un clima de inseguridad y violencia, tanto nacional como internacional. En lo interno esa situación era causada por los abusos del pueblo, por su idolatría, las injusticias de los poderosos contra los débiles, por la explotación de los pobres. La misión de los profetas fue ingrata: debían denunciar al pueblo sus pecados, acusarlos por las injusticias y anunciar el juicio de Dios. En esas circunstancias el mensaje de los profetas no podía ser de *shalom-paz* sino de castigo, de guerra: El enemigo asedia el país, derriba su fortaleza (Am 3, 11) Cf. Jer. 1,13-16; Is. 7,17-20; 8,6-8.

2.1 Profetas verdaderos contra profetas falsos.

Hay un hecho especial. En Miqueas leemos: *Así dice el Señor a los profetas que extravían a mi pueblo; cuando tienen algo que morder, anuncian paz, y declaran una guerra santa a los que no les llenan la boca* 3,5. En Jeremías dice el Señor: *No hagáis caso a los profetas que os embaucan; cuentan visiones de su fantasía, no de la boca del Señor les dicen: Tendréis paz.* 23,15. Ezequiel constata: *Habéis extraviado a mi pueblo anunciando paz, cuando no había paz* 13,10. estos profetas tuvieron que oponerse a los profetas de paz, porque eran falsos profetas. Los profetas verdaderos no podían hablar de paz en esos momentos.

La historia del pueblo era una historia de pecado, de insubordinación, de rebeldía, de violación de la alianza, de dureza de corazón, de injusticia. Para poder hablar de paz las circunstancias deberían haber

sido distintas: obediencia a la voluntad de Dios, sumisión a la alianza, cumplimiento de sus preceptos, justicia en todos los órdenes.

Los profetas de paz pensaban de otra manera y partían de un supuesto equivocado. Decían: somos el pueblo escogido, por tanto nada puede sucedernos. Un texto de Miqueas nos muestra esa actitud en toda su crudeza: *Mi. 3,9-12. Amós les responde diciendo que la elección no es garantía de privilegio sino fuente de responsabilidad, Am. 3,1-2.*

2.2 El Nuevo Rey

Pero la guerra es sólo un aspecto del mensaje de los profetas; tiene que ver con la situación de su tiempo. Para el futuro ellos anuncian un cambio. Los reyes históricos de Israel no fueron capaces de asegurar la paz. En el Salmo 29, 11 se afirma, con todo, que Dios concederá la paz a su pueblo y el Salmo 72 nos describe un rey que obtendrá la paz para su pueblo. Lo mismo nos dice Isaías en varios textos: 9.6-12; 11,1-9; este último es una perla de la poesía hebrea. Las imágenes son bellas y expresivas. Se toman dos series contrapuestas de animales: domésticos y salvajes y se les va ordenando por parejas amigables. Será ocioso buscar sentido a cada animal; pero el conjunto es la descripción de un mundo elemental y maravilloso.

El nuevo rey, el rey futuro, es presentado como realizador y constructor de la paz. Una paz que es consecuencia de la justicia que él ha establecido. Una paz que abarca no sólo los hombres, sino la naturaleza. El hecho de que los animales salvajes aparezcan convertidos en mansos quiere indicar que la maldición que pesa

sobre la tierra por el pecado del hombre y que había roto el equilibrio del mundo, ha quedado suprimida.

Miqueas, contemporáneo de Isaías, tiene también expresiones sobre un rey futuro de paz, (5,1-5). Él nos anuncia un futuro dominador de Israel. En su tiempo se hará la unión entre los dos reinos, antes unidos, ahora divididos. Pero hay rasgos más universales. El rey pastoreará a su pueblo con la fuerza del Señor. En su nombre él dará al mundo su verdadero valor. Mediante él Yahveh volverá a establecer el orden primitivo, que fue de paz. Las esperanzas de paz de Ezequiel están unidas al pacto con David: 34,23 y 37,24-26.

En la figura de David que reaparece, el profeta promete y reafirma la fidelidad de Dios a su pueblo. Habrá un pastor que estará en medio de su pueblo, que lo reunirá de nuevo, que establecerá el derecho entre los hombres. El no vivirá de las ovejas, sino que dará la vida por ellas; buscará a la oveja perdida y la llevará sobre sus hombros. Es suficiente saber que ese pastor apacentará a su rebaño con justicia y equilibrio. El pueblo será salvado. La salvación futura consiste en que no habrá hambrientos; los sedientos serán saciados; los temerosos por la angustia de la guerra, serán consolados; todo yugo que oprima al hombre será roto. Se quitará del pueblo toda vergüenza y sumisión.

Estas imágenes para nosotros son demasiado materiales, pero los profetas no podían hablar de otra manera, si querían que sus contemporáneos los entendieran; en ese momento la retribución aún estaba limitada a un aspecto terreno; pero a través de estas realidades querían expresar una realidad más alta y profunda: el rey de Dios.

2.3 La Crisis del Destierro.

El destierro significó para Israel un cambio en su concepción religiosa y política. Fue ante todo un tiempo de crisis profunda. Israel antes del destierro había entendido su existencia, la posesión de la tierra prometida como un don de Dios. Yahveh lo había sacado de Egipto y llevado a una tierra de libertad. Lo había bendecido multiplicándolo. En Jerusalén se hablaba de elección de David y de Sión. Y ahora todo parecía perdido. Estaban humillados, sin tierra, sin rey, sin instituciones civiles y políticas, lejos de Sión. Yahveh, pensaban mucho judíos, había abandonado a Israel, porque era inferior a los dioses de Babilonia y no había podido derrotarlos.

El momento era decisivo. La crisis podía, si no era superada, acabar con Israel. Muchos otros pueblos habían sucumbido en situaciones semejantes, Israel no. El destierro fue un tiempo de reflexión; los sacerdotes y profetas mostraron que el destierro no se debió a la falta de fortaleza de Yahveh frente a los demás dioses, sino a la infidelidad del pueblo. Por lo demás no había más dioses. Yahveh era único, Israel, no Yahveh, era el culpable. Aceptar esto era encontrar la razón del destierro. Y la situación cambió. El fin del destierro significó para Israel un nuevo impulso. La religión se renovó: nuevos profetas y escritores dieron a Israel una esperanza. Se habló otra vez de *shalom*, pero se le dio un enfoque distinto. Los cambios se realizaron en dos direcciones.

La primera muestra cómo al concepto de *shalom*, se le da ahora un contenido completamente religioso. Los profetas anteriores al destierro habían hablado de jui-



cio y castigo. Su predicación estaba centrada en la conversión. Quedaba poco espacio para la paz. Ahora las circunstancias han cambiando. El juicio ha pasado. El segundo Isaías había dicho que el regreso a Palestina se haría en paz 55.12).

A este conjunto pertenecen las palabras que leemos en el libro de Jeremías: *Yo conozco mis designios sobre vosotros; designios de prosperidad (shalom), no de desgracia 29,11.* Algo semejante afirma en otro texto Jer. 33,6-9.

2.4 La Restauración ¿Hecho Político o religioso?

Pero, ¿qué sucedió? La vuelta del destierro y la instalación en Palestina no tuvieron los colores brillantes que anunciara Isaías. La realidad fue más humilde y sencilla. En verdad lo que quiso Isaías fue dar una interpretación religiosa del retorno. El hecho de Israel hubiese conservado las palabras del profeta muestran que el Israel de ese entonces vio en el retorno, no tanto un acontecimiento político, cuanto un suceso religioso. La reconstrucción del templo despertó nuevas esperanzas. Un texto de Zacarías destaca la palabra paz 8,9-13.

El tiempo de la reconstrucción del templo era difícil; los repatriados se vieron abocados a graves necesidades: una serie de sequías había arruinado las cosechas y provocado una gran carestía, hombres y animales estaban mal alimentados; pero con el nuevo templo se inicia una nueva época, caracterizada por la paz, la seguridad, la bendición, la prosperidad y la abundancia que vendrá sobre el pueblo. Pero a eso corresponde una nueva actitud. Zac 8,16ss.

2.5 La paz fruto de la justicia y de la conversión a Yahveh

Hay un texto que encontramos en el libro de Isaías, que probablemente es de origen posterior, en donde leemos la frase que hizo tan popular Pío XII, tomado como lema de su escudo: *La paz es obra de la justicia* (Is. 32,17). Es una sentencia que deberíamos tener siempre presente cuando hablamos de paz. En ella se nos exponen las verdaderas condiciones para que haya paz. Sin justicia no hay paz, no puede haberla. Al fondo de cada guerra, de cada revolución, de cada violencia hay una violación de la justicia.

En la sección llamada Apocalipsis de Isaías tenemos algunos pasajes sobre la paz. El principal, donde aparece Yahveh como el viñador, tenemos nuevos elementos (Is. 27,3-5). El elemento nuevo mencionado es que la paz no es el resultado del trabajo de los buscan protección, sino la consecuencia de su conversión a Yahveh.

2.6 Un dominio universal ejercido por medios pacíficos promete Zacarías.

Las últimas profecías que vimos comenzaban a delinear la figura futura de un príncipe de paz. Zacarías nos habla de ese rey con quien se inicia un período de tranquilidad.

*Alégrate, ciudad de Sión; aclama,
Jerusalén,
mira a tu rey que está llegando;
justo, victorioso, humilde,
cabalgando un asno, una cría
de borrica.
Destruirá los carros de Efraín y los
caballos de Jerusalén;
destruirá los arcos de guerra y dictará*

*la paz a las naciones;
dominará de mar a mar, del Gran Río al
confín de la tierra.*

(Zac, 9,9-10; cf. Sof. 3,14-18; Joel. 2,21-27 que son lugares paralelos a Zacarías).

La exigencia, la exhortación que Zacarías hace a Sión para que se alegre, porque llega el cortejo del rey como salvador, está calcada sobre las entradas triunfantes de los héroes o algún personaje importante. Se trata de alguien a quien Jerusalén ha esperado largo tiempo. ¿De dónde viene? No lo sabemos. Es una llegada misteriosa, como la que encontramos en antiguas profecías mesiánicas. Cuatro expresiones caracterizan al futuro rey. Llega *victorioso*, es decir, después de un tiempo de calamidad, Yahveh le ha dado la victoria. Es *justo* y precisamente por eso puede establecer la paz. Isaías ha dicho que la paz es obra de la justicia (32,17). El rey que viene y el establecimiento de la paz están puestos en relación con la concordia y un orden social de todos los pueblos del orbe. Viene *cabalgando una cría de borrica*. En el oriente antiguo el asno era la cabalgadura de los personajes importantes. Quizás también se quiera aludir por contraste a los caballos de guerra mencionados un poco más atrás. Del Mesías se dice igualmente que es *humilde*. Es una alusión al Siervo de Yahveh de que nos habla el segundo Isaías y que es un personaje humilde. Se trata pues de una persona pacífica. En adelante la guerra no será el medio de arreglar las discusiones políticas. Para eso, Yahveh comienza por el desarme en su propio pueblo. Los carros de guerra serán destruidos; la caballería aniquilada, los arcos rotos.

Un dominio universal obtenido por medios pacíficos y ejercidos por el Mesías bajo la protección de Yahveh, tal es la gran

promesa del profeta. ¿Respondió esto a alguna realidad? Los evangelios unánimemente ven en la entrada de Jesús en Jerusalén, montado sobre un asno, el cumplimiento de esta profecía: Mateo 21, 4 y Juan 12, 14s, citan expresamente una parte de las palabras de Zacarías; omiten las que se refieren al poder político. Pero el cumplimiento pleno de esta profecía se dará cuando el reino llegue en todo su esplendor. Hay sólo un cumplimiento parcial.

Para terminar esta parte leamos a modo de resumen las palabras de Isaías, que también encontramos en Miqueas: Is. 2,2-5; Miq. 4,1-3.

*Al final de los tiempos estará firme el
monte de la casa del Señor,
en la cima de los montes, encumbrado
sobre las montañas.
Hacia él confluirán pueblos numerosos.
Dirán: Venid, subamos al monte
del Señor,
a la casa del Dios de Jacob;
él nos instruirá en sus caminos y
marcharemos por sus sendas,
porque de Sión saldrá la ley de Jerusalén
la palabra del Señor.
Será el árbitro de las naciones, el juez de
pueblos numerosos.
De las espadas forjarán arados; de las
lanzas podaderas.
No alzaré la espada pueblo
contra pueblo,
no se adiestrarán para la guerra.
Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz
del Señor.*

Siempre aparece como condición de la paz, la aplicación del derecho.

Los profetas han expresado de una manera muy poética, pero también muy huma-

na la gran esperanza de Israel. Al ver que los reyes históricos no podían traerles la paz tan ansiada y definitiva, no cayeron en el pesimismo y la desesperación, sino que profundizaron su esperanza de paz, le dieron un contenido religioso y la proyectaron al final de los tiempos.

A la figura de los reyes históricos sucede la de un rey ideal que llevará a cabo los designios de Yahveh sobre el pueblo. ¿Quedará defraudada esa esperanza de paz? ¿Serán los profetas unos charlatanes, unos ilusos o tendrán cumplimiento su palabra? El Antiguo Testamento queda en suspenso. Sólo el Nuevo nos dará la respuesta.

3 Guerra en la Biblia

La guerra es, en todos los tiempos, un elemento de la condición humana; en el antiguo oriente era un hecho endémico o habitual: a cada vuelta del año los reyes emprendían campañas militares. En vano, los imperios en los periodos de gran civilización firmaban tratados de paz perpetua; la evolución de los hechos rompía rápidamente esos frágiles contratos. Insertada en ese cuadro la historia de Israel va a comportar una experiencia, a veces exaltada, a veces cruel, de los combates humanos. Pero introducida en la perspectiva del designio de Dios, esta experiencia adquiere un alcance específicamente religioso. La guerra se revela allí a la vez como un mal y como una realidad permanente de este mundo.

Las perspectivas abiertas por la alianza del Sinaí, no son de paz, sino de guerra. Dios da una tierra a su pueblo, pero éste debe conquistarla. *Voy a enviarte un ángel por delante para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que te he preparado... Si le obe-*

deces fielmente y haces lo que yo te digo, tus enemigos serán mis enemigos y tus adversarios serán mis adversarios. Mi ángel irá por delante y te llevará a las tierras de los amorreos, heteos, fereceos, cananeos... y acabará con ellos (Ex. 23,20-23)

Enviaré delante mi terror y devastaré los pueblos que invadas: haré que tus enemigos te den la espalda. Enviaré por delante el pánico que espantará delante de tí a heveos, cananeos y heteos (Ex 23,27)

La guerra que libra Israel es ofensiva y sagrada y se justifica dentro de la perspectiva de A.T. Canaán con su civilización corrompida constituye una trampa para Israel derrotándolo el peligro de contaminación idolátrica se aminora. Por esto Dios sancionaba su exterminio. Este aspecto de la guerra quizás se pueda admitir más fácilmente, no como justificación de la guerra, sino como la historia de algo que ocurrió.

3.1 ¿Se aplicó a la ley del Anatema?

Pero hay una ley que nos escandaliza y que es aplicada sobre todo en tiempos de guerra. Es la ley del anatema. Según ella cuando los Israelitas conquistaban una ciudad, todo en ella debía ser arrasado y las personas, hombres, mujeres y niños eran exterminados, sin excepción. Así lo leemos en el Deuteronomio: *Cuando el Señor tu Dios, te introduzca en la tierra donde entras para tomar posesión de ella y expulse a tu llegada a naciones más grandes que tu... cuando el Señor, tu Dios, los entregue en tu poder y los venzas, los consagrarás sin remisión al exterminio (Dt. 7,1).*

La aplicación de esta ley la vemos en la conquista de Jericó: *Consagraron al exterminio*

todo lo que había dentro: hombres y mujeres, muchachos y ancianos, vacas y ovejas y burros, todo lo pasaron a cuchillo (Jos. 6,21). La misma orden se dio cuando el ataque a los amalecitas. (1 Sam. 15-9). No hay duda que este fenómeno histórico del anatema requiere su explicación porque hiere nuestra sensibilidad moderna. La dificultad o escándalo no está tanto en el hecho en sí, ni siquiera en que esté consignado en la Biblia, que refiere con toda sinceridad los pecados históricos del hombre, aunque éste sea un héroe amigo de Dios, cuanto en el dato de que venga ejecutado por orden de Dios como parece ser en los casos de Josué y Saúl.

Varias explicaciones se han dado en este hecho. Para algunos Israel no hizo sino aplicar en *estado de guerra* lo que podríamos llamar el *derecho de gentes* entonces vigente. Esa era la costumbre general de los pueblos cuando hacían la guerra, e Israel se igualó a los usos bárbaros vigentes en un tiempo. Pero esta explicación que tiene en cuenta el entorno histórico no nos deja satisfechos. ¿Cómo podía un Dios de bondad y de misericordia, como era Yahveh, ordenar semejante atrocidad? Los estudios de la Biblia nos dicen hoy que tales guerras quizás nunca tuvieron lugar. Es más bien una reflexión posterior del autor sagrado, quien al meditar sobre los grandes males que trajo la religión cananea al pueblo judío al contagiarlo con la idolatría, piensa en voz alta y afirma que habría sido mejor exterminar desde el primer momento a los cananeos para evitar su influjo fatal. Es lo que hacemos nosotros cuando decimos: ¡ojalá hubiera sucedido más bien esto o aquello! El autor expresa lo que deseaba que se hubiese hecho y no se hizo. La decadencia religiosa del pueblo se hubiera evitado, si

realmente se hubiese puesto en práctica la ley del anatema o exterminio. Se trata, por lo tanto, de poner en el pasado algo que no sucedió. Vistas de este modo las cosas, no son tan escandalosas. En realidad la ley del anatema se escribió muchos años, quizás siglos, después de la posesión de la tierra de Palestina, cuando ya no tenía aplicación práctica.

3.2 La Guerra Santa

La subsistencia de Israel como pueblo dependía de su victoria frente a sus enemigos. Las guerras nacionales se convierten en guerras de Yahveh. Al defender su independencia frente a los agresores externos, Israel defiende al mismo tiempo la causa de Dios. Hay que notar además que el Antiguo Testamento no divide la vida en una esfera profana y otra religiosa. La vida, según la concepción del A. T. está bien penetrada y entrelazada por la religión y la fe. Teniendo esto presente comprenderemos la idea que hoy nos sorprende, que la guerra sea un asunto religioso y que pueda hablarse de la guerra santa como de una institución religiosa.

En general, podemos decir que toda defensa del territorio de Israel contra una invasión extranjera era una guerra santa. El enemigo que penetraba en el territorio que Israel había recibido de Yahveh en virtud de la Alianza, incurría automáticamente en la cólera de Yahveh. Pero ésta no se encendía cuando el enemigo era enviado para castigar a Israel por su infidelidad.

El comandante militar no dirigía la campaña según sus métodos o su propia inspiración porque era preparado especialmente para este oficio, por un don singular del Espíritu. Si por alguna circunstan-

cia perdía el Espíritu quedaba incapacitado para conducir la guerra. Cualquiera no podía servir bajo el mando de los capitanes. El Deuteronomio enumera quienes no deben tomar parte en el combate: *Quien haya edificado una casa y no la haya estrenado que se retire y vuelva a su casa, no vaya morir en combate y la estrene otro. Quien haya plantado una viña y no la haya vendimiado todavía, que se retire y vuelva a casa, no vaya a morir en combate y la vendimie otro. Quien esté prometido a una mujer y no se haya casado todavía, que se retire vuelva a casa, no vaya morir en combate y otro se case con ella* (Dt. 20,5-8).

La guerra era conducida con la ayuda de los sacerdotes y muchas veces el arca era llevada al combate para encender el ánimo de los participantes. El soldado que tomaba parte en una guerra Santa, mientras duraban las hostilidades, tenían un carácter sagrado y estaba obligado a guardar ciertas prescripciones relativas a la pureza ritual: no podía comer alimentos considerados impuros y debía abstenerse de relaciones sexuales. La guerra era considerada como responsabilidad de todo Israel en cuanto pueblo de alianza.

En la conducción de la guerra lo menos importante era el número de soldados; cuando Gedeón salió a combatir contra Madián, *el Señor le dijo: llevas demasiada gente para que yo te entregue a Madián. No sea que luego Israel se gloríe diciendo: "Mi mano me ha dado la victoria. Vas a echar este pregón ante la tropa: el que tenga miedo o tiemble que se vuelva"*. Se volvieron a casa 22 mil hombres. Al final quedaron sólo 300 y con ellos dio la batalla Gedeón y obtuvo una resonante victoria. (Jue 7,2-4)

Pero la guerra no era un fin en sí misma. Ella miraba más allá de la batalla, hacia la

paz que la victoria concedía. La guerra era un instrumento por el cual Dios mismo liberaba a su pueblo y lo conducía hacia condiciones de vida mejores, hacia la prosperidad, la paz, la tranquilidad.

El concepto de guerra santa alcanzó su máximo desarrollo en tiempo de los jueces. Después fue perdiendo importancia; se transformó en un instrumento de la política nacional. Vuelve a aparecer nuevamente el espíritu de la guerra santa en tiempo de los hermanos macabeos.

3.3 Guerra como Juicio de Dios.

Poco a poco Israel va comprendiendo que la guerra es un mal, resultado del odio fratricida entre los hombres; ella está ligada al destino de una raza pecadora. Flagelo de Dios, ella no desaparecerá radicalmente de la tierra, sino cuando el pecado haya desaparecido. Sobre todo la predicación profética va haciendo comprender al pueblo que la verdadera salvación consiste en la paz a la cual debe aspirar y no a las guerras santas de conquista y de destrucción.

A pesar de que los profetas se vieron varias veces envueltos en los asuntos de guerra, para ellos la meta de la historia era la paz. Leamos las bellísimas profecías de Isaías: *Al final de los tiempos estará firme el monte de la casa del Señor...* 2,2-5; 9. 1-6; 11,6-9. Pero al interpretar el presente ellos lo veían trágico y desolador. Israel ha copiado las prácticas religiosas de sus vecinos; ha importado sus ídolos; ha abandonado o corrompido el culto a Yahveh; ha perdido su vocación, es decir, su llamado a ser un pueblo separado de los otros para consagrarse al servicio de Yahveh. Ha preferido mezclarse con los pueblos y ha tomado sus características.

Al renegar de su identidad, el pueblo ha quedado bajo el juicio de Dios, y, siguiendo el pensamiento entonces vigente de que el castigo es proporcional al pecado, Yahveh permite que Israel sea una nación como las otras de la tierra y se vea envuelta y cogida en el juego de la política humana. La guerra toma ahora un significado nuevo para los profetas. Es el juicio de Dios por la apostasía de Israel y por su falta de fe en Yahveh. Isaías nos presenta a Asiria como instrumento de Yahveh para castigar a Israel.

*!Ay de Asur, vara de mi ira, bastón
de mi furor!*

*Contra una nación impía lo envíe,
lo mandé contra el pueblo de mi cólera,
para entrarle a saco y despojarlo,
para hollarlo como barro de las calles
(Is. 10,5-11; cf. Jer. 51, 1ss).*

La doctrina profética de la guerra santa como juicio y castigo, se aplicó no sólo a Israel, sino también a otras naciones. Dios tiene el control de toda la historia humana y castiga el mal allí donde aparece. A veces las naciones extranjeras eran castigadas porque oprimían a Israel. Nahum hace un juicio patético contra Nínive:

*!Ay de la ciudad sanguinaria y traidora,
repleta de rapiñas, insaciable
de despojos!*

*Escuchad: látigos, estrepito de ruedas,
caballos al galope, carros rebotando,
jinetes al asalto, llamear de espadas,
relampagueo de lanzas, multitud
de heridos,*

masas de cadáveres, cadáveres sin fin.

*Por las muchas fornicaciones
de la prostituta*

tan hermosa y hechicera.

Nah 3,1-7.

Pero hay un reverso en la medalla: del mismo modo que Dios utiliza la guerra para castigar a su pueblo y ejecutar su venganza, también puede emplearla para librar a Israel de sus enemigos. El segundo Isaías, desterrado en Babilonia, ve en Ciro el persa, al ungido de Dios para rescatar a su pueblo de la esclavitud y devolverle la libertad: Is. 45,1ss. De paso hemos de anotar que la literatura apocalíptica habla con mucha frecuencia de la guerra del final de los tiempos. Pero la victoria será de Yahveh.

3.4 Jesús y la Guerra.

Hay una cuestión que ha suscitado encendidas controversias y ha dado origen a muchos libros. Es la actitud de Jesús frente a la guerra o la oposición contra Roma.

En primer lugar hay que poner en claro que la guerra no constituía un argumento central de la predicación de Jesús. Aunque se declaró Mesías, él no entendía dicho título, como si fuera un jefe militar para dirigir la guerra santa. Quizás sus discípulos pensaban de otro modo. La petición de Juan y Santiago de ser ministros en su reino (Mt. 20,20-28), muestra que ellos tenían una concepción terrena del reino del Mesías. Jesús rechazó abiertamente esas peticiones. Una de las interpretaciones que se da al episodio de las tentaciones de Jesús, es que ellas eran un intento de arrastrar a Jesús a un mesianismo terreno y temporal, y en cada asalto el tentador perdió su embate.

También se ha querido hacer de Jesús un amigo de los zelotas que se oponían con la violencia al dominio Romano, pero los esfuerzos hechos para encontrar una jus-

tificación por parte de Jesús de la lucha armada han fracasado. Él entendió su misión según el modelo de siervo de Yahveh del segundo Isaías y la misión de aquél se realizó no con medios violentos y guerreros, sino con el sacrificio y la inmolación. Jesús reprendió a Pedro cuando quiso usar la espada. La imagen de un Mesías guerrero no se lo aplicó nunca a sí mismo y jamás habló de la guerra como de un instrumento de la política nacional. Además desde el año 6 a. C. hasta el 41 d. C. no hay rastros en Palestina de rebeliones contra Roma, ni grupos de partidarios de la guerra contra el dominador pagano; en todos los momentos de inevitables tensiones, el pueblo judío, unido bajo su aristocracia acudió a medios pacíficos para hacer respetar su ley, pero reconociendo de hecho la autoridad romana. Fue solamente, más tarde, a partir del año 41 d. C. cuando la situación se tornó revolucionaria, pero para ese entonces Jesús ya había muerto.

La violencia es contraria al pensamiento de Jesús, que declara bienaventurados a los que buscan la paz, y a propósito de los enemigos enseña lo que leemos en Mateo *Os han enseñado que se mandó: Amarás a tu prójimo... y odiarás a tu enemigo. pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por lo que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos (5,43ss)*. Su enseñanza es la antítesis de la guerra y si hubiese sido practicada y aceptada universalmente habría creado una sociedad en la cual la guerra sería imposible.

Los autores de N.T. interpretaron la guerra de un modo espiritual: *...no milito con miras humanas, porque las armas de mi mi-*

licia no son humanas; no, es Dios quien les da poder para derribar fortalezas; derribamos falacias y todo torreón que se yerga contra el conocimiento de Dios (2 Cor. 10, 3b-6. Cf Ef. 6, 10-17. 1 Tim 1,18).

Resumiendo: la guerra es una realidad humana; más bien consecuencia del pecado del hombre. La Biblia al hablar de ella la toma como lo que es: un mal que hay que desarraigar. Al principio el libro sagrado parece aceptarla. Y esta constatación nos causa extrañeza, quizás hasta escándalo. ¿Por qué no rechaza desde el principio la Biblia la guerra? Hay una circunstancia que hay que notar, la revelación es progresiva. Cuando Dios se revela al hombre por la primera vez lo toma tal cual es, con sus defectos y sombras. Sólo poco a poco la revelación se va haciendo más exigente. En el A.T. Dios toleró muchas cosas que en el N.T. están prohibidas. Primero es la fe, luego la moral. La humanidad tenía que recorrer un largo camino de sangre antes de tomar plena conciencia de que la guerra es inmoral. La Biblia nos permite seguir ese proceso. Si en el A. T. Dios pudo aparecer en un primer estadio como un Dios guerrero, en el N. T. Jesús es el príncipe de la paz.

II. PAZ EN EL NUEVO TESTAMENTO

Las reflexiones sobre la paz quedarían inconclusas si no se toman en cuenta la enseñanza del N.T.; aunque éste sigue, en líneas generales, el mismo concepto del A.T., con todo, lo completa en algunos puntos, lo amplía en otros y lo lleva a su plenitud y totalidad. Sobre todo la persona de Jesucristo le da una nueva dimensión al problema de la paz. En él ya no se trata de un personaje futuro, sino del príncipe de la paz anunciado por los profetas.

La significación de la palabra paz en el N.T. coincide fundamentalmente con la palabra shalom. El N.T. usa evidentemente una palabra griega; seguramente muy conocida, aunque quizás no sepamos que ella significa paz: *Irene*, piensa el común de las gentes es simplemente un nombre propio, un nombre de mujer; pero así se dice paz en griego. A lo mejor no todas las Irenes son pacíficas.

A la palabra griega, el N.T. le ha dado un matiz especial. Para un griego de la época clásica, *irene-paz* significaba no una relación entre varias personas, sino un estado, una situación de tranquilidad. *Irene* era para ellos la interrupción del estado de guerra perpetuo. Es lo contrario de la guerra. *Irene* era la diosa de la paz, la dadora de las fiestas, los hijos, los amigos, el alimento, el vino y la alegría.

2.1. Irene en los saludos.

El N.T. amplió el sentido de *irene* en varios aspectos. En primer lugar aparece en los saludos y despedidas. *Vete en paz le dice el Señor, a la mujer que había curado de su enfermedad.* (Mc 5,34). Cuando Jesús perdona a la pecadora en casa del fariseo, la despide con las palabras: *Tu fe te ha salvado, vete en paz.* En las recomendaciones que da Jesús a sus discípulos cuando los envía a predicar tenemos: *Cuando entréis en una casa; lo primero saludad: Paz a esta casa; y si allí hay gente de paz, la paz que deseáis se posará sobre ellos; si no, volverá a vosotros* (Lc. 10,5).

Cuando el carcelero libera a Pablo y a sus amigos les dice: *Salid, marchaos en paz.* No es normal que un griego se despida en esa forma; lo corriente es desear alegría. Las fórmulas de saludo griegas eran distintas de las hebreas. Un judío saludaba

deseando paz; un griego, alegría o salud. También encontramos en el N.T. *irene, paz*, en el sentido de seguridad: mientras un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros, en paz. (Lc. 11,21).

2.2 Paz y Salvación.

Irene tiene el sentido de salvación en el siguiente texto de Luca: *Para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz (salvación) 1,79.* El canto de los ángeles sobre Belén, al nacer el Niño. *Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres...* no hay que entenderlo simplemente como un deseo de paz. Lo que los ángeles anuncian es que la paz, es decir, la salvación, ha llegado a los hombres. De modo semejante las palabras de Jesús sobre Jerusalén: *Si conocieras en este día lo que lleva a la paz* Lc. 19,42, se refiere a la salvación. En el libro del Apocalipsis encontramos algunos textos que pueden ponerse en paralelismo con los que hemos leído. *Ha llegado la salvación de nuestro Dios: Apo. 12,10*, en lugar de salvación del texto original podría haber escrito *paz*.

La paz es un don que se puede aceptar o rechazar. Y es tan real que en caso de rechazo vuelve a la persona de donde salió.

La epístola a los hebreos aconseja buscar esa paz: *Esmeraos en tener paz con todos y en vivir consagrados, sin lo cual nadie verá al Señor* (12,14).

Esa paz aparece como un poder que guarda a los hombres. *La paz de Dios que supera todo razonar, custodiará vuestra mente y vuestros pensamientos mediante el Mesías Jesús* (Fil. 4,7).

La paz es como un recinto donde el hombre encuentra seguridad. Con todo la paz no se identifica con el buen éxito exterior del hombre, ella puede llevar a la experiencia de una amarga enemistad. En otras palabras hay una diferencia entre la paz de Cristo y la paz humana. Esto lo expresa de una manera paradójica una confianza desconcertante de Jesús en los evangelios sinópticos: *No penséis que he venido a sembrar paz en la tierra; no he venido a sembrar paz, sino espada; porque he venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con la suegra; así que los enemigos de uno serán los de su casa* (Mt. 10,34).

El contenido de la paz en muchos textos está determinado por su relación con la vida. Los bajos instintos, nos dice Pablo en Rm. 8,6, tienden a la muerte; el Espíritu en cambio, a la vida y la paz. Pablo expresa lo que finalmente significan el impulso de la carne y el impulso de espíritu. El primero lleva a la muerte, el segundo a la vida y la paz. Y fundamenta la primera parte de su afirmación enseñando: *porque los impulsos de la carne son enemistad con Dios y por lo tanto no pueden conducir sino a la muerte. Vida y muerte son aquí dos modos de existir, que se manifestarán sobre todo en los últimos tiempos, del mismo modo paz y vida. Por eso paz indica salvación, salud, estado de plenitud, en pocas palabras la situación normal de la nueva creación. Cf: Pe. 3,14 y Rm. 16,20. En conclusión 1 Tes. 5,23 dice: Que el Dios de la paz os consagre él mismo íntegramente y vuestra entera persona, alma y cuerpo, se conserve sin tacha para la venida de Nuestro Señor Jesucristo. En este texto paz no es simplemente prosperidad espiritual, sino bienestar de toda persona en su dimensión terrena y espiritual.*

2.3 Origen de la paz.

La fuente de la paz, podemos decir, es la Trinidad. Dios es paz lo mismo que es amor. La paz es otro nombre del amor que une el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo en la comunión absoluta. Pero esa paz que brota de la Trinidad es realizada como acontecimiento histórico por Cristo. El cuarto evangelio presenta siempre la paz en relación con la persona de Jesucristo: *Mi paz os dejo, mi paz os doy. No os la doy como la da el mundo.* (Jn. 14, 27).

Por su parte el Espíritu Santo no es ajeno a la obra de la paz. El reino de Dios, dice Pablo, *es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo: Rm 14,17. Gálatas muestra de una manera conmovedora cómo la paz es al mismo tiempo constitutiva de la esencia de la caridad evangélica y que está en la estela de la soberana creatividad del Espíritu: El futuro del Espíritu es amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio. Contra esto no hay ley que valga.* (Gal. 5,22-25).

2.4. Jesucristo, artífice de la paz.

El pasaje más importante, quizás en relación con Jesucristo y la paz, lo leemos en Efesios 2,13-17. Su densidad es tal que por mucho que lo meditemos no logramos agotar su contenido. Jesucristo no es solamente presentado de un modo audaz como nuestra paz, sino como el que realiza la paz. *Ahora en cambio, gracias al Mesías Jesús, vosotros los que antes estabais lejos estáis cerca, por la Sangre de Mesías, porque Él es nuestra paz. El que de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisora, la hostilidad, aboliendo en su vida mortal la ley de los minuciosos preceptos; así, con los dos creó en sí mismo una humanidad nueva, estable-*

ciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la Cruz, matando en sí mismo la hostilidad. Por eso su venida anunció la paz a los que estabais lejos y paz a los que estaban cerca, pues gracias a El unos y otros, por un mismo Espíritu tenemos acceso al Padre.

Pablo tiene ante los ojos un texto de Isaías. *A los que hacen duelo, les pondré en los labios este canto: Paz al lejano, paz al cercano, dice el Señor y los curaré (57,19).* Isaías habla a los desterrados que regresan a su patria. El Señor los va a confortar y a crear condiciones nuevas de vida, una de ellas es la *paz*. En el momento en que Isaías pronuncia este oráculo los *cercanos* son sin duda los judíos establecidos en Palestina, y los *lejanos*, los que aún están en tierras de paganos. Cuando Pedro y Pablo anuncian al mundo la paz aportada por Cristo, citan este texto con una dimensión nueva; a sus ojos los cercanos son los hijos de Israel y los lejanos los pueblos del universo entero, que Jesús quiere reunir.

Jesucristo es nuestra paz porque Él ha destruido la muralla de la ley judía que separaba a los hombres de Dios y a los hombres entre sí porque el fin de la actividad de Jesucristo en la creación, es formar de judíos y paganos un solo hombre. La expresión *hombre nuevo* es en sí notable. Esperaríamos más bien un solo pueblo. Hay que notar que para Pablo el concepto *hombre* tiene un peso especial, y *nuevo* posee un sentido escatológico; es decir, se trata de un hombre absolutamente nuevo, una nueva creatura. Y Jesucristo realiza esta unión. Cristo quiere crear en sí al *nuevo hombre* en donde se realice la unidad de los dos grupos humanos, y por eso destruyó la muralla de la ley para

que los dos, judíos y paganos, fueran creados en Él, como un solo hombre. Ese nuevo hombre no existe en sí, sino en Cristo. El nuevo hombre lo podemos representar como constituido por judíos y paganos por una parte, pero, por otra es el mismo Cristo. Esto no es una contradicción, sino que significa que Cristo como hombre nuevo abarca, abraza a judíos y paganos, de tal modo que ambos sean el nuevo hombre en Él. Así es como Cristo que es *paz*, funda la *paz*.

Resumiendo: Cristo es nuestra paz, dice Pablo: lo es porque Él una vez rompió las barreras del mundo, las cuales como una muralla (mítica) lo alejaban de Dios y lo encerraban en su propio campo. Lo es, en segundo lugar, porque unió las dos dimensiones, la de Dios y la del mundo y al mundo, antes proscrito, le abrió paso a la trascendencia, al Espíritu. Ahora hay un espacio para Dios y para el hombre. Y este espacio es limitado desde el horizonte de Dios; ahora el espacio de la cercanía de Dios ha sido abierto para los paganos. En tercer lugar, Él es nuestra paz, porque destruyó el principio activo del mundo proscrito, la enemistad que dominaba en él y que hacía que Israel y los paganos estuviesen contra Dios y contra ellos mismos de una manera recíproca.

¿Dónde estaba fijada esa enemistad? ¿De qué se alimentaba? ¿En qué ha sido afectada? En la ley judía que con sus preceptos y minuciosidades, lo que hacía era imponer una ruda carga sobre los hombres. Era además como un muro que separaba los hombres y se presentaba en todos sus detalles como una exigencia inflexible de Dios. Cristo es nuestra paz porque La ha destruido ese muro de separación, esa ley de enemistad; porque la



ha superado esa ley que se cobija, en ocasiones, con la voluntad de Dios para hacer más gravosas sus disposiciones. Él es nuestra paz, porque una vez quitado el poder a la ley, ha creado una nueva humanidad, formada por los judíos y paganos y a los dos ha reunido y los ha reconciliado con Dios en su Cuerpo.

¿Dónde sucedió esto? ¿Dónde es el lugar de la nueva creación y de la reconciliación de la humanidad? ¿Dónde está el lugar en que destruyó a la ley y sus murallas? En la Cruz, en su centro de la Cruz. En su muerte acabó la mortal enemistad constituida por la fuerza del mundo y concretizada en la ley judía, de tal manera que a todos los hombres, judíos y cristianos, los restableció de nuevo en su Cuerpo y los reconcilió con Dios, en Él y por Él. De este modo tenemos una humanidad nueva, una y en paz por la obra de Jesucristo. Y eso es lo que hace Cristo constantemente. La eficacia de su muerte y resurrección no se ha agotado. Donquiera que los hombres levanten murallas que los dividan, de odio, de poder, de riqueza, de lujo, allí está Cristo para derribar las murallas de odio y restablecer el amor; para mostrar que las barreras que pone el dinero entre los hombres no tienen razón de ser; porque el dinero no es un dios, sino un falso ídolo que hay que destruir. Al reconciliar a los hombres con Dios, Jesucristo los ha reconciliado consigo mismo, porque nos muestra que todos somos hijos de Dios e Iguales ante Él. La paz con Dios trae necesariamente la paz de los hombres entre sí.

Hay otro texto donde también se habla de la obra de Cristo como creador de la paz. *Rehabilitados ahora por la fe, estamos en paz con Dios por obra de Nuestro Señor*

Jesús, Mesías, pues por Él tuvimos entrada a esta situación de gracia en que nos encontramos y estamos orgullosos con la esperanza de alcanzar el esplendor de Dios (Rm. 5,1). En los capítulos anteriores de su epístola a los romanos Pablo ha expuesto que la justicia de Dios llega al hombre por medio de Jesucristo. Ahora quiere mostrar cuál es el primer fruto de la justificación: la reconciliación con Dios. Y también estamos en paz con Dios gracias a Cristo. Tenemos paz por Nuestro Señor Jesucristo es lo contrario de la enemistad del juicio. En Pablo reconciliación y paz están íntimamente unidas. Jesucristo es nuestra paz. De enemigos nos convierte en amigos.

3. LA PAZ COMO RELACIÓN DE LOS HOMBRES ENTRE SÍ

Cuando se dice que paz indica, en ciertos contextos, las relaciones de amistad con Dios, no se quiere hacer de ella algo meramente espiritual, que no tenga repercusiones en la vida de relación con los demás. El hombre es una persona que para llegar a su plena madurez humana, necesita del diálogo vertical con Dios; pero esto no basta, le es necesario también una correcta relación con el prójimo. Sin el diálogo horizontal, el hombre no se integra adecuadamente en el mundo. Las dos dimensiones del hombre: la vertical y horizontal están mutuamente relacionadas. Si una de ellas sufre algún trastorno, la otra se verá afectada en la misma medida. Esto es casi un principio de la Historia de la Salvación. Cuando el hombre pecó al principio de su historia, es decir, cuando dijo No a Dios, su relación con el prójimo quedó distorsionada. Después del pecado de Adán vino el crimen de Caín. Pero también lo contrario es verdadero;

al restablecerse la hermandad, el hombre vuelve a encontrar a Dios. Al reconciliarse con Esaú, de quien había huido por temor. Jacob dice: *He visto tu rostro benévolo y ha sido como ver el rostro de Dios*(Gn 33,10). El encuentro con Dios pasa por el encuentro con el hermano. Sólo después de haber establecido la paz con su hermano, Jacob tiene la posibilidad de levantar un altar a Yahveh que se le había aparecido en Betel cuando huía de su hermano. Para tener paz con Dios es necesario tenerla igualmente con el hermano.

3.1 Dios Reina por la paz.

En la epístola a los romanos Pablo dice: *Dios no reina por lo que uno como o bebe, sino por la honradez, la paz y la alegría que da el Espíritu Santo* (14,17). Leída así esta frase quizás no nos dice mucho. Pero si la sitúa en su contexto histórico, su sentido se hace diáfano. Pablo está respondiendo a una situación que era frecuente para los cristianos cuando eran invitados a comer en casa de paganos. Aunque todo es puro, algún cristiano escrupuloso podría tener inquietudes en el momento de comer carne. ¿No habría sido quizás ofrecida en sacrificio a los dioses?

El cristiano formado, fuerte, lo llama Pablo, no tiene ningún problema en comer. Pero el de conciencia estrecha quizás sí. Pablo pide entonces al de conciencia formada que no escandalice a su hermano comiendo carne de dudosa procedencia. Pablo al final concluye: lo importante no es esto; el reino de Dios no se construye por lo que uno coma o beba. No se trata de que en el reino va a desaparecer el alimento. Se trata del modo como el reino se manifiesta en el momento presente. El reino de Dios no depende del alimento

que se coma o de la bebida que se beba; se realiza con la honradez, la paz, y el gozo en el Espíritu Santo. Tenemos aquí las realidades en las que se manifiesta el reino de Dios. El reino es aquí para Pablo la quinta esencia de la salvación. Bajo la palabra honradez se entienden las relaciones entre los hombres. En nuestro contexto se refiere a las relaciones entre los de conciencia formada y los débiles, a los que hay que ayudar. Y por lo tanto Pablo continúa: *busquemos lo que fomenta la paz y la edificación mutua*. Aquí está paz en paralelismo o correspondencia con edificación y es posible que Pablo esté pensado en la paz que debe existir entre los miembros de una comunidad. Pero no se trata exclusivamente de esa paz. Pablo piensa también en la paz que construye el reino, la paz que actúa la salvación.

En la epístola a los corintios tenemos un pasaje difícil: *Dios nos ha llamado a la paz* (1 Cor. 7,15). Esta expresión está en un pasaje en el cual Pablo habla de los matrimonios en que una parte es infiel y la otra cristiana. Si la parte infiel no quiere convivir pacíficamente con la parte cristiana, que se separe. Y el motivo de esa decisión es la paz y la libertad a la que Dios llamó al cristianismo. Paz tiene aquí un significado más amplio que el de algo opuesto a la lucha. Expresa lo que Dios quiere, el estado de salvación de todas las cosas, el cual incluye, por supuesto, la concordia entre los hombres. De la paz y la concordia con los demás nos vuelve a hablar 2 Tim. 2,22. Al recomendar a Timoteo el ejercicio de las virtudes, entre ellas se menciona la paz: *Huye de las pasiones de la juventud y sigue en pos de la justicia, la fe, la caridad, la paz, con todos los que invocan al Señor con limpio corazón*. Y en sentido negativo: *Evita las querellas estúpidas e indisciplinadas, pues siem-*

pre engendran altercados. Un siervo del Señor no debe altercar. La paz no sería aquí una virtud particular, sino el resultado de las precedentes; justicia y paz como lo hemos visto, están frecuentemente asociados en la Biblia.

3.2 Paz y unidad, empeño del cristianismo

En Efesios 4,3, Pablo exhorta a los fieles a que vivan de acuerdo con la vocación a que han sido llamados. Las virtudes que exige este llamado divino son principalmente las virtudes sociales, que unen a los hombres para formar un solo pueblo. *Os ruego, pues, yo el prisionero en el Señor, que viváis una vida digna de la vocación a la que habéis sido llamados... esforzándoos por conservar la unidad del Espíritu, con el vínculo de la paz.* Aquí se habla de aquella unidad que obra y conserva el Espíritu. Conservar la paz y unidad debe ser el empeño de los que han sido llamados en esperanza. El que está cansado de guardar la unidad, no está caminando según la dignidad de su vocación. Y, ¿cómo se guarda la unidad? Mediante el vínculo de la paz. En ella Cristo nos guarda en la fe; en ella nos hemos encontrado, cuando oímos el llamado; en ella debemos permanecer y guardar la unidad del Espíritu.

En la paz que es vínculo de la caridad, vivimos la vida que es conforme al llamamiento de Dios. Por la paz, que comprende la salvación, demos respuesta a la palabra que nos anuncia y manifiesta la paz, entonces se restablece también la unidad y recíprocamente, si se despedaza la unidad, se destroza también la paz, que cuestiona la unidad. La hostilidad no permite que la Iglesia, y el mundo recuperen la unidad.

CONSIDERACIONES FINALES

Si en este problema de la paz nos hemos vuelto a la Biblia es porque le reconocemos un valor singular. En efecto, como libro inspirado tiene para nosotros un carácter especial. No se trata de una enseñanza que podamos colocar a la misma altura de la de los filósofos o sociólogos porque está a un nivel más elevado. Para nosotros, además, su enseñanza es obligatoria y normativa. Pero la Biblia no sólo es un libro inspirado. Es también un libro de una época lejana, de una mentalidad diferente, de un lenguaje distinto al nuestro. Las circunstancias políticas, sociales y religiosas dentro de las cuales nació no son iguales a las nuestras, y por añadidura han impreso una huella especial en su expresión. Al menos 2000 años de historia nos separan de este libro, una historia influenciada, en parte por las ideas bíblicas y en parte por la cultura griega y otras experiencias.

Por eso en el empleo de la Biblia en esta cuestión hemos de tener en cuenta algunos principios. Cuando se trata de valorar la enseñanza de la Biblia podemos encontrar dos actitudes extremas. Una consiste en tomar su enseñanza, sin tener en cuenta lo dicho anteriormente, es decir, como si ninguna distancia nos separara de ella. En interpretarla literalmente sin prestar atención a los géneros literarios y al análisis histórico crítico que puede hacerse de ella. Otra actitud, igualmente reprochable, es considerar el libro sagrado como ya pasado de moda, inactual, y por lo tanto, poco tiene que decirnos y aportarnos para la solución de nuestros problemas. Como siempre la solución está en el justo medio. La pregunta sobre la significación de la Biblia

para la paz hay que abordarla desde una perspectiva histórica que tenga en cuenta las diferencias anotadas arriba.

En otro tiempo se discutió, a veces con acritud, sobre si la Biblia contenía o no una enseñanza de tipo científico. Hoy tenemos suficiente claridad. La Biblia no es un manual de ciencias naturales. Pero el eje de la discusión se ha desplazado a otro campo: el sociológico. Y la controversia quiere dirimir este punto: ¿la Biblia nos presenta un cuerpo de doctrina sociológico? En otras palabras: ¿Es la Biblia un manual de ciencias sociales y políticas? Aquí la cuestión es más compleja, pero para no adentrarnos en una discusión complicada, contentémonos, por el momento, con afirmar que la Biblia no quiere ni pretende dar soluciones de tipo técnico y práctico. Nos presenta únicamente orientaciones generales.

Las expresiones sobre la paz abarcan en la Biblia un largo espacio de tiempo y de historia. Pasaron mas de 3000 años desde que se escribió el primer texto inspirado hasta la última página. En cada pasaje habría que preguntar de qué manera bajo las condiciones mentales de ese entonces se habla de paz. Cuál era la comprensión del hombre y del mundo vigente en ese entonces. Lo que valió para una época quizás no tenga valor para otra.

El problema de la paz es hoy más acuciante que nunca. Los caminos para alcanzarla son muy diversos. Influyen muchas condiciones políticas, sociales, económicas, sociológicas, religiosas etc.

La Biblia, lo repetimos, sólo en medida restringida puede darnos indicaciones concretas para nuestro tiempo. Con todo per-

manece su función interpeladora, mediante la cual se nos llama constantemente a construir la paz. Pero el aporte de la Biblia es más que eso. Ella nos dice a nosotros algo muy importante, que no debemos dejar de lado. Los cristianos no están a la altura de su misión en el mundo cuando descuidan el mensaje bíblico sobre la paz. Ella da a la exigencia de la paz una gran seriedad y le da al hombre que ha alcanzado la paz con Dios, los motivos para alcanzar la *paz* en el mundo.

En primer lugar la Biblia nos dice: la paz es posible. Pero hay más elementos. Si se compara el contenido bíblico de *shalom*, paz, con sus paralelos orientales, por una parte, y por otra, guardadas las perspectivas históricas, con el pensamiento actual sobre la paz, vemos que hay correspondencias. En todas partes y en todos los tiempos encontramos que la paz es, o debiera ser, el estado habitual del mundo y que el hombre el hombre está llamado a buscar y a realizar dicho estado. Esto no es algo específicamente bíblico, ni cristiano sino que es un postulado general del hombre. Esta disposición fundamental para la paz se manifiesta de muchos modos. Esto significa que en el marco de la paz, la revelación bíblica contiene muchas cosas que son relevantes religiosamente para todos los hombres más allá de las fronteras de Israel.

El examen de los textos de *shalom*, paz, muestra el amplio carácter que tiene la paz. Para la Biblia no es sólo un concepto político, ni tiene siempre un significado militar. A la paz pertenecen el ámbito social, la protección de las viudas, los huérfanos y otros marginados sociales; la lucha contra la opresión y formas de explotación, el cuidado y respeto por la vida,

la exigencia de un trato humano para los trabajadores de parte de los empleadores; todo esto es sólo un concepto de la paz.

Al campo de la paz pertenecen también la aplicación del derecho y el cultivo de la sabiduría. La paz sólo puede ser estable donde reina el derecho, donde se lo respeta y se lo fortalece. El ambiente vital de la sabiduría es la educación; el antiguo oriente y la Biblia fueron muy conscientes de que un puntal de la paz es la educación. La paz no es sólo cuestión de la comunidad, sino interés de cada uno. La obligación de la persona individual era guardar la paz y trabajar por ella.

La paz tiene que ver también con la naturaleza. Hay paz cuando hay abundancia, fertilidad, fecundidad. Sequía, plaga, insectos y fieras salvajes destruyen la paz. Las expresiones de la paz en la Biblia están íntimamente ligadas con la fe de Israel. Las ofrendas del culto son llamadas con una palabra que en hebreo deriva de la misma raíz de paz; son ofrendas pacíficas. Una idea que se repite, tanto en la Biblia como en los documentos extra bíblicos, es que la paz está más allá de las posibilidades del hombre. Se la espera como un don de Dios.

Conclusión

La paz tiene muchos componentes y varios factores inciden en ella; porque más que un concepto abstracto es una realidad polifacética, anhelada por todos y alcanzada por pocos. A veces nos fijamos en un aspecto de la paz y queremos reducirla a nuestra visión recortada y olvidamos otras dimensiones que tienen su importancia. Pensamos que ella se obtiene con medidas de orden militar, derro-

tando al enemigo y forzándolo a la cesación de hostilidades; pero si esta es nuestra idea de paz, estamos equivocados. Porque la guerra es el resultado de muchas condiciones y la paz no será total, si no las tenemos todas en cuenta. Hay un principio que es fundamental y al que se atiende poco. Detrás de cada problema social o económico hay un problema moral; detrás de cada problema moral hay un problema epistemológico o de concepción de la realidad, detrás de cada problema epistemológico hay un problema o antropológico o teológico, según que la persona no tenga fe o sea un creyente. Hay un problema antropológico, es decir, qué concepción tenemos del hombre y un problema teológico es, qué experiencia tenemos de Dios. En nuestro caso el problema de la paz va más allá de lo económico y social, más allá de lo moral, más allá de lo epistemológico; su raíz está en el hombre si lo consideramos como un absoluto o en Dios si lo ponemos como el fundamento de toda realidad.

En definitiva, el asunto de la paz es un problema filosófico o teológico y mientras no tengamos en cuenta esa dimensión profunda, nuestro trabajo por la paz será en vano, pues apenas estaremos arañando la superficie del problema. Debemos buscar las raíces más hondas de la paz. Y para los que tenemos fe en un Dios personal que ama al hombre, que se le ha revelado en la historia y nos ha dicho su palabra definitiva en Jesucristo, hay una luz que nos ayuda a interpretar la realidad: La Palabra de Dios. En ella encontramos no tanto una definición de la paz, sino la experiencia de un pueblo que a lo largo de su historia va en busca de la paz. En las páginas de la Biblia vemos cómo se va gestando esa realidad; como ella abarca toda la dimensión

del hombre; vemos cuales son sus adversarios; qué es la guerra, cómo se obtiene la paz. Isaías lo expresó con frase lapidaria que si hoy la llevásemos a la práctica gozaríamos de paz: *La paz es fruto de la justicia* (32,17) y sobre todo descubriríamos que Jesús es el príncipe de la paz y que sin él ésta no es posible.

Ahora a la Iglesia, como continuadora de la obra de Jesucristo, lo corresponde recordar los principios que llevan a la paz. No es su misión enseñar los aspectos técnicos prácticos de la cuestión, sino animar a todos a tomar las grandes decisiones, inspiradas en la vivencia de la Palabra de Dios, encarnada en Jesucristo que nos dice: *mi paz os dejo mi paz os doy*.

Escuchemos a Dios, el único que nos da la paz, que nos habla a través de este salmo donde están reunidos los atributos del Dios de la historia:

"Voy a escuchar lo que dice el Señor:

*Dios anuncia la paz a su pueblo
y a sus amigos,*

A los que recobran la esperanza.

La salvación está ya cerca de sus fieles

Y la gloria habitará en nuestra tierra:

La lealtad y la fidelidad se encuentran.

La justicia y la paz se besan.

la fidelidad brota de la tierra

Y la justicia mira desde el cielo.

El señor nos dará la lluvia

Y nuestra tierra dará sus frutos.

La justicia marchará ante Él

La salvación seguirá sus pasos.

(Salmo 85. 9-14).

Bibliografía.

Beck, H. Paz Diccionario Teológico del Nuevo Testamento III 308-314.

Eichrodt, Walter. Theologie des Alten Testaments I Göttingen. Vandenhoeck & Ruprecht 1962 Págs 362 (325ss.346)

Eisebeis, Walter. Die Wurzel Shalom Alten Testament. Berlin. Walter de Gruyter & Co 1969. Págs. 367

Gerleman, G. Shalom (Shalôm) en Theologisches Handwörterbuch zum Alten Testament. München. Chr. Kaiser Verlag. 1976. Cols. 919-935.

Leon-Dufour, X. Paz en Enciclopedia de la Biblia V Cols 934-938

Loss, N.M. Paz en Nuevo Diccionario de TEOLOGÍA BÍBLICA. Págs. 1419-1428

Pattaro, G. Paz en Nuevo Diccionario de Teología. II Madrid. Cristiandad. 1977. Págs 1307-1229.

Schmid, Hans Heinrich. Shalôm "Frieden" im Alten Orient und im Alten Testament. KBW Verlag Stuttgar. 1971. Págs 123

Stendebach, F. I. Shalom (Shalôm) en Theologisches Wörterbuch zum Alten Testament Band VIII Págs. 12-46.

Von Rad, Gerhard, W. Foester Irene (irene) en Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament Band II. Págs 398-418.